(Transcripción)

Trento, 1950

Ser uno con el hermano

Trento 1950: Chiara fue invitada a rendir cruenta de los que, bajo su empuje, había creado rumores – con alguna sospecha, duda, y acusación – en el pacífico pueblecito trentino y ya se extendía por la península. Escribió lo que se llamó 'el tratadillo inocuo', de aquí hemos extraído este texto.

Ser uno con el hermano quería decir olvidarse de uno mismo absolutamente, para siempre. No reconocerse nunca más. Era perderlo todo, hasta el alma, para vivir los dolores y las alegrías del otro y así mostrar a Jesús nuestro amor; ser crucificados con Él vivo en el hermano y con Él estar gozosos.

El hermano era nuestro convento, donde el alma tenía que recogerse siempre. El hermano era nuestra penitencia, las mortificaciones, porque el amarlo a Él requería la muerte completa del yo.

Y veíamos que este 'entrar' en el hermano conllevaba el renacer del hermano.

Sólo la caridad cuenta. Y así, sintiéndonos pecado con el hermano pecador, error con el hermano que yerra, hambre con el hermano hambriento, excomunión con el hermano excomulgado, la Vida que había en nosotros pasaba a él y éramos amados por él. Él volvía a ver la Luz porque sentía el amor; y en la luz, la esperanza, que alejaba la desesperación, y la caridad hacia nosotros y hacia todos. El Espíritu de Jesús invadía a otro miembro de su Cuerpo Místico.

Era un revivir la vida de Jesús. Un continuarlo. Así como Él se había hecho uno con nosotros para llevarnos al Padre, se había hecho tinieblas para darnos la luz, pecado con nosotros pecadores[1], dolor con nosotros doloridos, muerte con nosotros muertos para darnos la vida y hacernos resucitar con Él resucitado[2], así sucedía con nuestra vida en contacto con cada hermano que pasaba a nuestro lado[3]. Hacernos él como Jesús, para hacerlo a él nosotros. Es decir, para darle esa plenitud de gozo que la vida de comunidad, en el amor mutuo, nos había dado.

(De *Eran tempo de guerra, en los albores del Ideal de la unidad,* Ciudad Nueva, Madrid 2009, p. 50-52)

[1] "A quien no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (*2 Cor* 5,21).
[2] "…habéis resucitado con Cristo..." (*Col* 3,1).
[3] "¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abrase? (*2 Cor* 11,29).